

La periodista Salud Hernández viajó casi 200 km a La Macarena y Caño Cristales (Meta).

El reloj marca las doce del mediodía. **“Si no queremos pagar quinientos mil pesos, mejor vayamos por Florencia aunque sea más largo”**, sugiero antes de salir de Neiva. Nos habían advertido que la columna ‘Teófilo Forero’, de las Farc, no permite circular después de las seis de la tarde por la carretera de Balsillas, la ruta más directa, y a quien incumple le imponen dicha multa o le queman el vehículo si no tiene la plata.

Arribamos de noche a San Vicente del Caguán, primera escala del viaje de casi doscientos kilómetros a La Macarena y Caño Cristales, en el Meta, por la llamada troncal del ‘Mono Jojoy’, así bautizada porque durante el despeje la mejoró y se preocupó de mantenerla en buen estado. Es, asimismo, un recorrido por una parte de la región donde las Farc mantienen el 45 por ciento de sus fuerzas.

Al día siguiente atravesamos Los Pozos, el empobrecido caserío que fue sede de los fracasados diálogos de paz y que ahora alberga las modernas instalaciones de una petrolera china, cercadas por una malla y vigiladas por un puñado de soldados, los últimos que veremos en la ruta.

Ni entonces ni ahora conoció un ápice de progreso. “Mire el puesto de salud”, sugiere un lugareño, y señala una casa vieja. La única pista de su supuesta función es una cruz blanca mal pintada en la fachada.

Tampoco llegó el desarrollo a La Sombra, siguiente mojón. “No nos hemos comido el primer almuerzo de la compañía petrolera; ni siquiera nos arreglaron la planta eléctrica de la vereda”, se queja un vecino. “Los finqueros aportan anualmente por cabeza de ganado una cantidad para el mantenimiento de la carretera porque el Gobierno no nos da sino líos. La guerrilla sí arregló cosas”.

Junto a mi interlocutor hay pegado en la pared un cartel con los nombres y apellidos de 64 personas morosas que no han pagado los aportes para financiar las marchas, calculados en función de las posibilidades de cada uno. La mayoría debe diez mil pesos; otros, veinte o treinta mil, y solo cuatro personas, cincuenta mil.

“Nos tienen como vaquitas de ordeño”, gruñe un campesino sexagenario, que cancela enfurecido su deuda. “Y dentro de ocho días hay que volver a dar”, anuncia con resignación la mujer que recauda las cantidades que imponen las Farc, verdaderos señores de la región. Al poco tiempo de dejar la población, aparece la primera de varias vallas que encontramos a

lo largo de la vía dedicadas al ‘Mono Jojoy’ y ‘Alfonso Cano’, y enseguida dos casas amplias, aún en pie, que pertenecieron a ‘Tirofijo’.

Poco después, en La Machaca, una diminuta vereda, cancelamos un peaje de diez mil pesos, destinados al arreglo de la vía.

Al adentrarnos en los altos del Yará, la vista se pierde en un bellissimo y solitario océano verde, salpicado de madre selvas. La vía está flanqueada por fincas de las Farc y algunos de sus comandantes, buena parte de ellas en manos de testaferros. Casi nunca se divisan casas, tampoco gentes ni vehículos, solo los postes que delimitan los linderos y unas cabezas de ganado.

En Morrocroy, pequeña vereda que los militares consideran el principal feudo de la guerrilla en la zona, el peaje comunitario, también para la vía, es de cinco mil pesos. Es el único lugar de los alrededores donde se puede conseguir gasolina y almuerzo.

Aunque la carretera es destapada, al ser llanura se transita sin dificultades, salvo en algunos tramos anegados de barro donde es fácil quedar atrapado. A cinco kilómetros de La Macarena encontramos lo que era El Borugo, antiguo campamento de las Farc, con capacidad para ochocientos efectivos. Hoy es una apacible instalación militar de recuperación y reentrenamiento de las tropas de Fudra y Omega, que combaten a diario en el territorio que la guerrilla siente como propio.

A la entrada de La Macarena nos topamos con la pista del minúsculo aeropuerto. El año pasado aterrizaron unos cuatro mil turistas durante la temporada de Caño Cristales -de mayo a diciembre-. Animados por el atractivo del río de los siete colores y la completa seguridad que proporcionan las Fuerzas Militares, algunos emprendedores locales se lanzaron a construir hoteles, el único progreso visible. “A uno le da pena con los turistas que no tengamos energía todo el día y el agua mala. El Gobierno nos tiene muy abandonados”, critica un hotelero. Pero es optimista y cree que superarán los problemas, incluida la violencia.

Decidimos ir a Caño Cristales cruzando el Orteguzza en un planchón. Al intentar subir el carro por dos tablones de madera, que el operario clava en un barrizal, las llantas se entierran. Las horas destinadas a visitar esa joya de la naturaleza las dedicamos a sacar el vehículo.

Al día siguiente, antes de emprender el regreso, entramos en el cementerio donde yacen

trecientos NN que la Fiscalía espera identificar algún día.

Demoramos una jornada en llegar a San Vicente, donde pernoctamos. Esta vez volvemos a Neiva por Balsillas, en un trayecto donde el fantasma de la ‘Teófilo Forero’ resulta atosigante. En Puerto Amor, el caserío que las Farc utilizan como puerta de entrada a sus dominios en las montañas cercanas, el grafiti de ‘Marulanda’ adorna un lateral de la iglesia. ‘¡Quedó bien lindo!’, bromea un campesino cuando bajo a hacer fotos.

Unos kilómetros más adelante, en Los Andes, sorprende un presuntuoso cementerio con pinos de copas redondeadas por los jardineros que paga la guerrilla. Un miliciano grita que las cámaras están prohibidas. Después de una breve discusión, reanudamos la ruta por una carretera en pésimo estado, con escasas porciones de pavimento, hasta llegar a Balsillas.

El internado que volaron las Farc y del que queda una pared de recuerdo no lo reconstruirán, porque ningún niño campesino piensa ocuparlo por miedo. A escasos metros, las estatuas de cuatro civiles y dos soldados sentados tomando licor, recuerda la masacre que protagonizaron los uniformados una noche de borrachera.

Cuando emprendemos el último tramo y tenemos a Neiva a tiro de piedra, un derrumbe nos obliga a esperar cuatro horas. Una vez más, se cumple la máxima de las carreteras colombianas: uno sabe cuándo sale, pero jamás cuándo llega.

TEXTO Y FOTOS:

SALUD HERNÁNDEZ-MORA
ESPECIAL PARA EL TIEMPO

http://www.eltiempo.com/justicia/salud-herndez-narra-su-experiencia-por-la-troncal-del-mo-no-jojey_12799816-4